



Coradino Vega

La noche más profunda



CORADINO VEGA

La noche más profunda

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2019

© Coradino Vega, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 15991-2019
ISBN: 978-84-17747-98-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Estrella

ÍNDICE

Primera parte	II
Segunda parte	123
Tercera parte.	193
Cuarta parte	329
<i>Glosario de personajes reales.</i>	413
<i>Nota del autor.</i>	427

PRIMERA PARTE

Bucarest, 1945. Pasadas las diez de la mañana, un hombre camina solo, cerca del centro urbano. Es un día luminoso de finales de mayo y a Mihail, que aún no ha cumplido los treinta y ocho años, siempre le han revitalizado los cielos despejados, el aroma de las lilas, la claridad derramándose por las fachadas: el aire tibio que, en lugar de punzarlos como en invierno, ensancha los pulmones y convierte el paseo en un ejercicio liviano. Lleva un traje ligero de estofa clara, con solapas grandes; camisa blanca, el cuello un poco deshilachado, corbata; del bolsillo superior de la chaqueta, le sale un pañuelo a cuadritos azul oscuro, en forma de triángulo. A su alrededor: pillos, li-siados, operarios. El sombrero es de un ala ancha que se le inclina hacia atrás cuando consulta el reloj Anker de su muñeca izquierda. Tose. Todavía es temprano.

La tarde anterior, al cruzar Calea Victoriei, se quedó mirando las ventanas del que fue su piso, su apartamento de soltero, en la octava planta de un bloque moderno.

Aún eran perceptibles los daños. Desde Correos hasta la calle Regală, vio solares derruidos de los que emergían vigas entre los escombros. Y observándolos, Mihail tuvo la sensación de no haber salido del túnel; de que no le remitía la vibración continua; de que no acababa de acomodarse a la luz que se supone llega después de las tinieblas: ese esplendor que viene y se va, intermitentemente, como el de la estrella de su comedia. Por mucho que hubiera sido nombrado consejero cultural del gobierno y la próxima semana vuelva a París, por más que la traducción de sus libros fuese algo casi consumado, y se baraje el estreno de todas sus obras teatrales, e incluso tenga una oferta

para escribir guiones en Hollywood, apenas supo reconocer la antigua posibilidad de marcharse a la montaña o a la costa cuando el trabajo se le hacía insoportable. Su olvidada forma de vivir. La impresión de que ciertas cosas se realicen. Miraba el edificio en el que, por las noches, escuchaba a Mozart o a Bach, desde Radio Budapest o Radio Praga, y trataba de adivinar una frase de violín tras pasar la tarde con Leni. No hace tanto. Y, sin embargo, otra época. Una vida distinta.

Al regresar y mirarse al espejo, se sintió feo, mayor y cansado; el reflejo de un pájaro decrépito con la coronilla desplumada; aunque tampoco es que eso fuera una novedad exactamente. Esta mañana, en cambio, se ha despertado con otro ánimo. Va camino de la universidad, donde dará su primera clase sobre *La comedia humana*, que ha leído entera, volumen tras volumen de La Pléiade.

Cuando prácticamente todo había pasado, la casa de la calle Antim recibió el impacto de una bomba y, hasta hace bien poco, según la terminología de la nueva administración, ha sido un «siniestrado». Lo que son las cosas, piensa Mihail: a última hora, después de sobrevivir a la muerte previa a la muerte, casi acaba aplastado. Pero está vivo. El trino de los pájaros se lo dice, la gente que camina por la calle se lo dice, los escaparates de las tiendas que se desprecizan levantando sus persianas metálicas también se lo dicen. Los arcos del parque Cișmigiu, el cielo sin mácula y el trajín de los niños que deberían estar en el colegio y sin embargo no están, son la prueba de que aún se encuentra en el mundo. Hay en esos críos con las cabezas trasquiladas por la tiña una especie de exultación, una jactancia que le grita al más allá que a ellos no los tiene.

Mientras dobla la esquina, le sobresalta un destello: una mujer que se le queda mirando. Y se estremece no porque una joven de cierto atractivo, pequeña y rápida de movimientos, fije los ojos por un segundo en su aspecto enclenque y desahuciado; sino porque la mujer le resulta idéntica a la Nina de hace doce o trece años. En ese instante, pasa por la calzada un camión del Ejército Rojo. Pero él no se detiene a observar como siempre los rostros entre los que le ha parecido ver el perfil del

secretario de Ana Pauker. Mihail ha girado la vista para cerciorarse de que la mujer con la que se acaba de cruzar no es Nina, de cuya muerte –como de todo lo que tuvo que ver con ellos desde que estalló la guerra– se enteró casi por casualidad, en diciembre, al encontrarse con Marietta Rareș. Una vez más, con una emoción tan contradictoria como dos olas que reventaran al chocarse en su interior, ve a Nina en el cuartito del pasaje Inmobiliaria sentada a la máquina en la que mecanografió su segundo libro, *Mujeres*, al mismo tiempo que la novela hindú de Mircea, *Maitreyi*; las visitas a la buhardilla en la calle Melodie; la fuga de Mircea con Sorana; la desesperación de ella al enterarse; el piso del bulevar Golescu; la boda furtiva en las dependencias municipales de Calea Rahovei; las excursiones a la montaña; los veranos en Breaza; los rosales cubiertos de nieve, desde los ventanales del número 42 de la calle Palade. Al pensar en Nina no puede dejar de pensar en Mircea, y al pensar en Mircea no puede evitar acordarse de Nae. Se ve llegando a casa de Mircea con el rostro lívido, las manos temblorosas, el prólogo de Nae que le tiende a su amigo y cuyas palabras resuenan todavía en su mente: *El Mesías ya vino, Iosef Hechter, y tú no lo conociste*.

–Acaba de dármelo. Toma. Léelo. Una tragedia, una auténtica condena a muerte.

A veces aún ocupan su cabeza estos recuerdos amargos, a veces ya no encuentran en su corazón ningún sentimiento, a veces se lo destrozan en pedazos que no pueden reconstruirse. Quién levantará todo lo que se ha venido abajo, escucha en su mente Mihail, y la voz del profesor Durmiși se le superpone por un momento a la de Vișoianu. Quién borrará las palabras que, dichas o escritas desde la negligencia o la frialdad, volvieron el crimen legítimo, heroico. Recordar era una tarea farragosa. Sobre todo, si el lenguaje saturado ya no podía referir. Inmóvil, a medio camino de la parada del tranvía que lleva a la Universidad Libre Democrática, cerca de la iglesia de San Nicolás, Mihail –que hace mucho que cambió su cédula identificativa– mira al frente pero no repara en los coches, ni en las personas que andan, ni en la luz que cae indistintamente sobre las rui-

nas y las quintas cubiertas de madreSelva. No ve los carteles de propaganda soviética, con las letras del alfabeto cirílico; ni el paso de los vehículos por el bulevar Regina Maria; ni a aquellos que siguen llegando del otro lado del Dniéster, más raquíticos que los primeros, con menos bultos, con la misma forma de arrastrar los pies de quien escapa de una plaga medieval o una maldición bíblica, casi tambaleándose, con todo el dolor y la fatiga que un ser humano puede reunir, criaturas a las que sólo un último gramo de determinación les permite seguir adelante.

Tampoco escucha las voces que le vienen por azar, las bocinas de los autos, las quejas de los mendigos, los reclamos de las vendedoras de flores, las campanillas de los tranvías, los redobles de las iglesias, los zureos de las palomas, el motor del camión militar que ha pasado tan rápido que a punto ha estado de atropellar a alguien. No huele la mezcla de polinización, goma quemada y comida podrida que todavía adensa el aire, bajo un sol que cae como miel derretida, este calor abrasador, tan extremo en primavera. Está recordando, como si la tuviera ante sí, la mirada enarcada por el afecto y la sorpresa de Mircea, su mejor amigo, mientras lee las palabras *porque la soberbia te puso escamas en los ojos, Iosef Hechter, ¿no sientes cómo se apoderan de ti el frío y las tinieblas?* que había escrito Nae, Nicolae Ionescu, catedrático de metafísica y lógica, y mentor de ambos, de Mircea Eliade y Mihail Sebastian, cuyo nombre al nacer no fue otro que el de Iosef Hechter.

Apenas había pasado una década del prólogo de Nae para *Desde hace dos mil años*, tan polémico o más que su propio libro, y él ya no es un hombre, piensa Mihail, sino un amasijo de recuerdos que caen como hojas de otoño, con los nervios quebrados. Pero mira ese sol, se dice, mira las copas deslumbrantes de los árboles, mira todas esas mujeres yendo de un sitio a otro sin percatarse de la presencia del sujeto que las contempla con los ojos hundidos en dos cuencas de carbón, con su tono de piel macilento, devastado. De vez en cuando

vuelan oropéndolas o vencejos: imposible reconocer las motas incoloras que burbujan en la lisura del cielo. Oye a los gorriónes alternar el canto con la atención entre el follaje de las ramas, el silbido de las golondrinas que anidan bajo los aleros de las cornisas, su gorjeo sin pena ni amargura. Como ha salido demasiado temprano, ha decidido sentarse en los veladores de un café desierto. Y mientras viene el camarero, Mihail se escruta los zapatos, comprueba con un pinchazo de alerta que no le falta nada en su maletín de piel desgastada: las páginas del curso que él mismo ha escrito sobre Balzac, el ejemplar muy subrayado y con algunas hojas dobladas de *Le père Goriot*, la libreta donde anota lo que no quiere que se le olvide, los documentos que certifican su nombramiento como profesor de literatura universal, la pluma estilográfica, un lápiz bastante gastado, revenido de tanto morderlo por arriba. Los documentos no son necesarios pero Mihail los lleva por si acaso, porque todavía no se cree que le hayan dado ese puesto de trabajo. No le vendría mal un café bien cargado. Porque tiene la cabeza amodorrada y los párpados le pesan igual que el plomo que se le acumula dentro.

Qué queda aún de él, es lo que se pregunta cada mañana cuando se mira en el espejo y asimila las ojeras pronunciadas, la flacidez bajo la mandíbula que dificulta el paso de la maquinilla al afeitarse.

Un desconocido del pasado.

Durante cuatro años ha vivido escondiéndose, en retirada constante, huyendo sin moverse de la misma casa, y a menudo se planteaba qué quedaría de él cuando concluyera la fuga. Yo ya era viejo entonces, piensa Mihail. Y recuerda con socarronería el anhelo de intensidad con el que escribió sus primeros libros, el afán por liberarse del raciocinio y el juego de las ideas, la aspiración de reencontrar la naturaleza primaria y simple de lo humano. ¿No era eso lo que decía Nae en las clases a las que él siguió asistiendo como oyente después de licenciarse, cuando terminaba en la redacción y no tenía ningún caso en los tribunales ni tareas pendientes en el bufete de abogados? Conectar directamente con lo que estaba vivo. Subido

a la tarima de un anfiteatro hasta los topes, con el cabello oscuro, las cejas tupidas y las sienes despejadas, Nae clavaba en el auditorio sus ojos metálicos, fulminantes, y era como si atravesara a todos con su fuego interno, con su voz cavernosa y estentórea: gallardo, traje marrón, palomita inglesa: acompañando las manos al discurso mientras despejaba las incertidumbres. Todos creían que escucharle era escuchar algo nuevo. En un silencio sobrenatural, entrecortado por los crujidos de los pupitres llenos de público no universitario, Nae construía la génesis del tema como si entablara un diálogo con cada uno de los presentes, obligándolos a replantearse lo propio, invitándolos a pensar; pedía que no le aplaudieran mientras el reglamento no permitiese también los abucheos; y hablaba de la crisis del mundo moderno, vaya por Dios, de los efectos desvitalizantes del intelecto o la reducción de lo cotidiano al mero automatismo técnico:

–Hay que estar dispuesto a recibir las cosas que tal y como llegan se van. A esperar su solución. A mirarlas sin miedo y perderlas sin desesperarse. Porque la vida es simple. Inmensamente simple.

Y cada vez que Mihail escuchaba aquellas apelaciones con las que Nae cerraba sus conferencias al modo de una sinfonía, y él interpretaba como un alegato a favor de los sentidos, salía de la facultad pesando muy poco, revoloteando igual que un estornino al que acabaran de abrir la jaula de tedio en la que pensaba que transcurría su vida.

Nicolae Ionescu. Nae... Las imágenes resurgen con impertinencia de fantasmas desvergonzados. Después de las clases de Nae, Mihail solía ir al café Corso junto a los miembros de Criterion: ambiente magnífico, whisky, cócteles, cigarrillos. Lo mucho que sufrió y disfrutó con los placeres y chismes mundanos, y ahora, al mirar a la gente que va de aquí para allá, en vez de sentir nostalgia por la noche, deja que el sol le acaricie la cara y se sorprende agradeciendo el milagro de estar vivo. Ese cielo azul, radiante, nuevo, ¿no se despliega al fin como

una promesa? Sonríe al recordar cuánto indignó a casi todos *Desde hace dos mil años*, con sus frases como: «Dejo en libertad al Estado para que me declare buque, oso polar o máquina fotográfica». Muchos de los que integraron la caterva que se rebeló de forma sanguínea contra su novela había pasado por su mesa en el periódico, recordaba Mihail, para pedirle un artículo, un favor o una crítica amistosa; cada uno con sus asuntos, francachelas y pequeñas influencias; cuando él se decía aún que la vida no tendría mucha gracia sin ellos. No repara en que es la única persona que aguarda a que llegue el camarero de este otro café, bastante más sucio y modesto que el Corso. Entre mujeres encorvadas con pañoletas negras, hombres sin corbata y niños descalzos, se ha fijado en otra joven que lleva un gorro con pequeñas plumas laterales, en sus medias de rejilla y su cintura delgada: una muchacha que aparece por una esquina y enfila el bulevar a toda prisa trastabillando sobre unos tacones muy altos, incongruentes con la hora y el escenario. Entonces el deseo, con toda su sensualidad, lo abruma de pronto. Un deseo de ropas sueltas, cuerpos desnudos y juventud. ¿Desde cuándo no pasa sus dedos por una espalda femenina? En su otra vida de la que no hace tanto aunque parezca mucho, una joven igual de magnífica vino a recogerlo un día semejante de primavera a la redacción de la *Revista de las Fundaciones Reales*. Llevaba un vestido de sastre gris, similares zapatos de tacón, una cintita al cuello y sombrero celeste. Le preguntó si era verdad lo que había oído: que tenía un amor en Braïla. Él lo negó y pensó pórtate bien, pórtate bien, y luego dijo: «Llámalo prudencia, si quieres. Yo creo más bien que es conocimiento de mí mismo. Lo contrario sería esperar demasiado, cosas que no merezco»; pero la joven le respondió: «Tú no sabes lo que mereces y lo que no, y sobre todo no sabes lo que pueden pensar los otros de ti»; y después dieron un paseo cogidos del brazo por el parque Cişmigiu, y él se sintió ufano de lo guapa que era ella y de cómo los miraba la gente cuando entraban juntos en el cine Regal o el teatro o caminaban por la Avenida, volviendo la cabeza tras su paso, verdes, fucsias, amarillos; y otro día estuvieron en un partido entre el Venus y

el Juventus, en las gradas del estadio desde donde se extendía Bucarest con toda su plenitud, y ella se retrasó porque venía de un ensayo y, en medio del bullicio del fútbol, se le acercó un empresario del teatro y entonces Leni pasó de comportarse con timidez a hablar de forma dicharachera, y Mihail se dio cuenta de que se había acostado con ese hombre o le sobrevino la sospecha, y se vio mal vestido y torpe al lado de una mujer tan llamativa, y después tuvo remordimientos por el ataque de celos y pensó en lo sincera y alegre que solía ser ella, en lo reconfortante que podría ser su amor, sin complicaciones ni dramas, si él no fuera tan difícil ni se le hubiera roto la capacidad para ser feliz de su adolescencia, obsesionado con lo que por aquella época llamaba *adversidades interiores*. Una noche, después de bailar en el Modern, Leni le dijo: «Hay tantas cosas de niño en ti..., y sin embargo estás cansado de la vida»; y Mihail apuntó en su diario que fue un comentario de lo más certero porque resultaba tremenda la calma con la que aceptaba la idea de la muerte.

Adversidades interiores. De la muerte. Qué sabría él entonces de las adversidades y de la muerte.

Pero otras veces no percibía la vida con ese tremendismo contagiado por los libros o las conversaciones intelectuales, y se olvidaba de los achaques a los que tanto contribuían sus lecturas de Proust, y se iba solo o con su hermano Beno al campo o a la playa y rápidamente se sentía joven, pletórico, recuperado, y disfrutaba del aire puro con una fruición que no quería perder, que pretendía que le durase siempre: esa vivacidad mediterránea que, de modo consustancial, también formaba parte de su carácter; ese optimismo irónico, chispa de humor exuberante y alegría de vivir; *chutzpah*, lo llamaban sus mayores. Y cada vez que se escapaba a la costa o la montaña se sobreponía de inmediato a la catástrofe de haberse estropeado para la dicha, a la fatiga que le producía su trabajo de abogado o a la inflamación de sus sentimientos amorosos, y tras dos o tres días de holganza y sol se daba cuenta de que, en efecto, sus aptitudes naturales para reír seguían siendo grandes, y regresaba a sus obligaciones cotidianas como nuevo, sin rastro de la envidia

abstracta por la suprema insensibilidad de las cosas o, como escribía por entonces, *por su extrema indiferencia*. Iba a la ópera, o al Ateneo por Pascua, y la temprana sensación de ser un intruso, alguien ajeno a la buena sociedad, un extranjero, se le pasaba en cuanto escuchaba la bóveda sonora que erguían los primeros acordes de *La pasión según San Mateo* y no podía controlar la emoción que lo hermanaba con el resto del público. Cansado de salir todas las noches y llevar una vida tan disoluta, se quedaba en casa una tarde releendo *Albertine disparue* para después volver a *Un amor de Swann* y, cuando le sorprendía el alba, ya no sabía si los celos a causa de su relación con Leni eran los suyos, los de Swann o los del narrador Marcel: los del propio Proust. Pero al día siguiente paseaba por el parque Filipescu, desde donde admiraba las casas suntuosas como en las que vivía Roman, el dueño del bufete; o Mihai Ralea; o Aristide Blank; o el príncipe Bibescu, que quizás le resultaba más fascinante porque había conocido a Proust en persona. Pasaban los coches por el bulevar Elisabeta y los veladores estaban llenos de parejas en un día de mayo o junio igual de esplendoroso, recuerda Mihail, y él pensaba en lo sencillo que sería recibir a Leni en su piso de soltero, tirársela, beber un vaso de vino juntos, fumarse un cigarrillo y escuchar un disco en el gramófono o a ella hablar tranquila de sus amantes de antaño; y porque sabía precisamente que para ella él era un hombre más, alegrarse por el simple hecho de verla contenta, con sus pequeños caprichos y frivolidades; aunque si Leni se mostraba demasiado jovial él se sentía de pronto desgraciado, y luego temblaba cuando se iba y sonaba el teléfono, y por las mañanas era soportable no verla pero por las noches, al imaginársela acostándose con uno y con otro, le oprimía el deseo de estar con ella en ese preciso instante.

Otro recuerdo vuelve a él, con la intensidad de una descarga eléctrica: aquel día que estuvieron almorzando en casa de los Blank, antes de la guerra, y Aristide se llevó a Leni aparte, pasándole la mano por debajo de las caderas, y estuvieron hablando no sabe de qué, concertando una cita quizás, porque cuando por la tarde Mihail la telefoneó tras dejarla en su casa,

primero le dijeron que estaba durmiendo y después que había salido a hacer un recado; o aquella otra noche, cuando se la encontró por casualidad con Irina en la puerta de la sala Picadilly y, nada más verlo, se excusó un momento y fue a hacer una llamada. Por eso siempre creyó que se había dejado prender como un burro, revive Mihail, en una historia que sabía desde el principio que no conduciría a ninguna parte; después de lo mal que se portó con Jenica, pobre chica; y le ridiculizaba el sentimentalismo con el que se tomaba su relación con Leni: porque sabía que pasaría, que olvidaría, que al cabo de un tiempo todo resultaría insignificante. Pero en aquellos momentos saber no era un remedio, como conocer las fases de una fiebre tifoidea no dispensa a nadie de sufrirlas, y para desquitarse Mihail se iba a una fiesta después de la ópera vestido de esmoquin, rodeado de mujeres con vestidos largos de seda, y el deleite sofisticado de la noche le duraba aún por la mañana, cuando se echaba a la calle y disfrutaba de la agitación urbana camino de la villa lujosa de otro conocido, entregado por completo a los días de primavera, y en una de esas conoció a una señora venezolana que vivía entre Viena y Hamburgo, que pasaba temporadas en Londres y en París o se marchaba a descansar a su residencia de verano en el norte de Marruecos y, mientras conversaba con ella en francés, se puso a pensar que él malgastaba su vida vegetando entre los dos o tres sitios de siempre, hasta que de pronto intuyó –cuando alguien hizo una alusión disimulada entre sonrisas– que las buenas maneras y el refinamiento no servirían de nada cuando se desvelase lo que la mayoría parecía guardar como un antojo sofocado, como algo natural o latente, como un depósito de agua turbia que sólo precisaba de un resquicio para desbordarse.

Esta mañana sin embargo, Mihail se desveló antes del amanecer y permaneció en la cama con las manos en la nuca, incorporándose sólo cuando tosía, hasta que empezó a notar la luz filtrarse por la ventana. Desde hacía unos meses, desde poco antes de comunicar al nuevo periódico su dimisión, le habían

vuelto los sobresaltos. Eran situaciones absurdas, detalles sin importancia, voces que se dirigían a él en conversaciones imaginadas o que lo acusaban directamente. En un primer momento, sin recordar qué había soñado, creyó que estaba en Balcic, que de la cocina venía un olor a café y de la calle llegaban campanadas y voces de niños. Siempre había amado la suavidad de los colores de la playa, su luz cambiante al atardecer y las nubes cremosas que surcaban el cielo. Era una sensación agradable, como si tras los rumores prematuros escuchara el vaivén repetitivo del mar y oliese los jazmines y la glicina, y pensó que no tenía prisa, que podía quedarse acostado un rato más, disfrutando del silencio de las horas iniciales del día, familiarizándose con la cadencia de los sonidos tenues de la mañana. Estaba en un pequeño hotel y tenía una jornada entera para escribir, leer o nadar sin ningún tipo de compromiso. ¿Cómo sería vivir de esa forma todo el año? Pero luego le sobrevino otro acceso de tos y recordó que debía ir a la universidad, y la sensación de encontrarse en Balcic se diluyó inmediatamente; tomó conciencia de las paredes del nuevo piso y la letargia se le agarró de nuevo al pecho: aquella asfixia que a saber desde cuándo sufría y que, a veces, le duraba hasta bien entrada la tarde. Podía mantener a raya la tristeza, incluso la soledad, pero no aquella agitación persistente, el apremio de comenzar a hacer algo que lo alejara de sus cavilaciones poniéndose enseguida en movimiento. Se levantó bruscamente y se sentó al escritorio. Sacó pluma y papel y empezó la carta para Larry Bachman. Estaba resuelto a aceptar su oferta de escribir guiones para Hollywood. Si con el nuevo orden continuaba sintiéndose desplazado, lo mejor era abandonar el país. Mientras escribía, sin embargo, corroboró lo poco fiable que era la memoria y le invadió de nuevo el deshonor: la culpa de no haber hecho nada o lo suficiente; su pecado de necedad o silencio; el mismo sentimiento de ligereza y humillación que le había acompañado durante los últimos años. Todos eran responsables; pero los inculpados, quizás menos. Lo hice porque me lo mandaron, repetían las voces que le retumbaban en el cerebro, cómo iba a saber yo entonces que estaba mal, cómo

iba siquiera a planteármelo, nadie lo dudaba, obrábamos por el interés de la patria, yo sólo cumplía órdenes, por aquella época el mariscal tenía la última palabra, tampoco es que fuera para tanto. ¿No había que obligarlos a escuchar? A los criminales y a los colaboradores más o menos temerosos; a los confidentes; a quienes guardaron un silencio cómplice o lo justificaron expresamente, tácitamente. Aquella deuda extraña que Mihail no sabía a quién pagar. Aquel deseo de quitarles algo a los verdugos para dárselo a las víctimas, mediante actos sustitutorios sin mucha lógica, cuando el nosotros anulaba al yo y lo único individual que quedaba era la conciencia. Una pequeña minoría los ayudó, una minoría mayor los denunció y estuvo dispuesta a participar incluso, pero los más se mantuvieron al margen y no hicieron nada, exactamente igual que él, en una postura de espera; ver, sobrevivir y soportar; ni colaboracionistas ni partícipes de ningún tipo de resistencia. ¿Dónde estaba la línea de delimitación? Por mucho que intentara reconstruir de forma precisa lo ocurrido, pensaba Mihail, la memoria nada tenía que ver con la exactitud de los acontecimientos; era una invención; operaba de manera independiente y, a menudo, se adentraba por caminos imprevisibles. La piedad y la brutalidad podían existir en el mismo hombre, quería decirle al capitán Bachman, y del mismo modo que comprender no era igual que justificar, conocer tampoco era equivalente a entender de dónde había salido tanto odio. Lo que Bachman o Vișoianu le sugerían era inane. Frente a quienes callarían su culpa para siempre, sólo quedaba aferrarse al daño. Y eso precisaba otra quiebra, una trampa, habiendo asistido a la muerte de los otros. Inmediatamente después de escribir *A mí me juzgaron no por lo que era sino por el grupo del que me tocó formar parte*, Mihail levantó la cabeza y dio un suspiro. Para qué, se preguntó mientras arrugaba la hoja y la tiraba a la papelera.

Durante su adolescencia en Brăila, la intuición que devino en certeza el día que habló con aquella señora venezolana, apenas

había sido un pálido rumor soterrado, un telón de fondo asumido por la costumbre, un bajo continuo amortiguado por la languidez de una pequeña ciudad a orillas del Danubio: que alguien atemperase la voz como si se tratara de una enfermedad vergonzosa; que alguien callara lo obvio; que alguien agregase: «Pero es decente». De hecho, Mihail ni reparó en ello cuando Nae presidió el tribunal de su examen de bachillerato y quedó impresionado por la defensa que hizo de Istrati en contraposición a la poesía de Eminescu. El catedrático llamó a su profesor, el señor Banea, por quien Mihail únicamente podía sentir gratitud y cariño: «Nicolae Ionescu dice que tu tesis es brillante, y que estás loco». Él había escrito su ejercicio achantado por la presencia de aquel hombre a quien había visto cinco años antes justo allí, dando una conferencia sobre la crisis religiosa en Alemania, en el mismo liceo del que lo habían expulsado como alumno por incitar al republicanismo. Nae era una leyenda para los estudiantes de provincias que habían exprimido la enseñanza de los institutos becados hasta el último mililitro. Cuando llegó a Bucarest, Mihail pudo haberle remitido su artículo directamente, puesto que se le ofreció mediante Banea para lo que necesitase, pero revivió su mirada intimidatoria y lo disuadió la posibilidad del ridículo. Un artículo con el primer seudónimo que se le ocurrió. Una gota en el océano. Y sin embargo se lo publicó en *Cuvântul*, el reputado diario próximo al Partido Nacional Campesino, de tendencia socialdemócrata, del que Nae era redactor jefe antes de asumir su dirección. En 1926 o 1927. No lo recuerda bien. De lo que se acuerda con exactitud es que ya iba firmado como MIHAIL SEBASTIAN, y que fue una réplica a otro en el que Mircea Eliade criticaba la ingenua fascinación por la ciencia y el escepticismo de Rémy de Gourmont.

La primera noche en la redacción Mihail esperó intranquilo, lleno de preguntas que sabía que no iba a tener el valor de formular, bajo aquellas luces artificiales rodeado de los periodistas a los que había leído desde que entrara en el instituto. Nae se le acercó con su sonrisa intrépida, sin sorprenderse por hallar tras aquel sobrenombre al alumno Iosef Hechter, y to-

das las cosas que le dijo le parecieron a Mihail decisivas, de la forma en que se abre un camino. Al salir a la calle, las farolas de gas, los escaparates y los carruajes se sucedían ante sus ojos de modo desleído, envueltos en la revelación que acababa de vivir intensamente. Habría bastado que el profesor Ionescu hubiera tirado el sobre sin abrirlo, que no hubiese prestado atención a aquel muchacho de diecinueve años embebido de lecturas juveniles, para que su vida transcurriera de manera distinta. «El puesto es suyo.» Un hombre generoso y severo al mismo tiempo, recuerda Mihail, capaz de penetrar en su interior removiéndolo sin condescendencia. «Escriba sobre lo que quiera.» Alguien que comprendía sus dudas y anhelos. Un maestro.

Pero a Eliade no lo conoció hasta 1932, cuando regresó de la India después de pasar cuatro años adentrándose en los misterios del sánscrito y el budismo. Mihail había seguido las *Cartas a un joven provinciano* que Mircea había publicado antes de marcharse en *Cuvântul*: las mismas en las que sostenía que nada, excepto la ausencia de libertad, podía anular el talento creativo; las mismas que derrochaban lo que le faltaba a él: determinación, energía, ingenio. Podía resultar alegre y sombrío, afectado y sincero, pero lo que más asombró a Mihail fue que aunque pareciera mayor con sus gafas de miope atlético, su frente espaciada y mirada brillante, Eliade tenía su misma edad. «Deberías leer a Papini», le dijo apasionadamente el día que se lo presentó Nae. Tartamudeaba después de su estancia en Bhowanipore, como si el idioma materno se le hubiera vuelto un corsé que le impedía unir la vastedad de sus conocimientos. «Hay que leer a Papini»; o: «Balzac y Gide aparte, quien sólo lee literatura francesa sufre de pereza intelectual, de falta de espíritu».

Entre ellos surgió de inmediato una corriente continua. En una época en la que todos iban a hacer el doctorado a París, Mircea se marchó al Himalaya; leía a Kierkegaard y a los sabios orientales; se sabía de memoria los tratados de Nicolae Iorga; devoraba cualquier libro que hablara de los mitos, los rituales arcaicos y el orfismo. Quería saberlo todo y ser capaz

de escribirlo todo. Estaba convencido de que la alimentación, la danza, la fertilidad, la agricultura, la medicina, cualquier ámbito, tenía en su origen una función mágica; de que la razón quemaba la abundancia de la vida; de que la serenidad científica prescindía de lo absoluto. Y se obligaba a dormir poco.

—El tiempo apremia —contestaba cuando le preguntaban si no estaba cansado.

Al escucharlo hablar con aquel nervio que exudaba adrenalina, Mihail se sentía como un principiante rezagado, como si se tuviera que disculpar por algo.

Autenticidad, dictadura positivista, renacimiento, esencia. Con Nae le pasaba algo parecido: ¿acaso no bromeaba demasiado con que Istrati hubiera preferido la lengua de Voltaire a la suya? Mihail consideraba París el centro del pensamiento, recelaba de las tradiciones rumanas y no sabía en qué consistía la hierofanía ni los ritos tántricos; si bien delante de ellos disimulaba, cambiaba de tema o asentía con una admiración entre desazonada e incrédula. Así empezó a ocultarse en la ironía de sus artículos. A diferencia de Mircea, era bajito, esmirriado y todos lo creían más joven. Por aquel juego en el que uno salía de la buhardilla y, al regresar, los otros le leían el retrato que habían escrito a sus espaldas, Mihail supo la opinión que tenían de él: delicado, discreto y atractivo para las mujeres, sólo cuando cogía confianza abandonaba su aire ausente para cobrar cuerpo con su «elegancia natural» y sus «encantos personales».

Mircea vivía en la calle Melodiei, casi al final de la línea 14 del tranvía, junto a la plaza Rossetti. Si Mihail cierra los ojos, puede ver la fachada cubierta de labrusca que no sabe si seguirá existiendo, si habrá sido destruida o permanecerá igual o será lo único que se mantiene en pie como en esos inmuebles de los que sólo queda la parte delantera, sin techo, desventrados, con un testero de la cocina al descubierto en un lateral o un balcón tras el que aún cuelgan las cortinas. Se recuerda entrando en el jardín cercado por un murete de cemento y la verja lanceolada

de hierro forjado; los macizos de lilas frondosos; y detrás del bosquecillo de arbustos, al final de la alameda interior cubierta de nieve pisoteada, el banco, la mesa, las sillas de metal teñidas de herrumbre. En la marquesina los esperaba la madre, una mujer absorta con ojos amplios que los escrutaban de arriba abajo, antes de conducirlos a la buhardilla, sin pasar por el salón recargado de cuadros y tapices del que emanaba un olor a clausura y madera antigua. Una alfombra polvorienta y regia; sillas con pájaros tallados; objetos por los rincones, semejantes a los de una chamarilería. Y arriba: el pequeño tragaluz, la estufa de cerámica. Visiones que aparecen y desaparecen, como hilachas de humo.

Mihail recuerda el clima férvido y, a la vez, de entumecimiento; ese contagio con sabor a polvo; discusiones sobre la nueva generación, las descomposiciones y el sentido. Las paredes de la buhardilla estaban forradas de libros, reproducciones de jeroglíficos, bajorrelieves egipcios; y por todos lados había colecciones de insectos, herbarios, minerales, instrumentos de química. Las cosas de Mircea. De su querido amigo Eliade. Pero por allí iban todos. No habían cumplido con su misión y en su mano estaba hacerlo, decía a menudo Polihroniade.

–Desde luego, quienes no lo harán serán ellos –replicó una tarde Constantin Noica, refiriéndose a los viejos intelectuales.

–¿Habéis visto a algún delincuente expiarse *motu proprio*? –dijo Paul Sterian.

–Por eso Mircea estaba en lo cierto –intervino Polihroniade, en alusión al manifiesto que había publicado Eliade–. Hace falta un vuelco espiritual. Un ímpetu que supere la decadencia de los que nos están aplastando. El hombre unificado, fundido con su prójimo, capaz de crear una comunidad pura.

Mircea contaba que, en esa buhardilla, jóvenes marcados por el desamor y la miseria habían preparado sus exámenes sin desmayo, estudiando sin levantar la espalda del escritorio, como científicos a punto del descubrir el secreto del ser humano. Y lo decía sonriendo, haciendo befa de su pose de pensador, agravando su mirada ecuánime tras sus gafas de carey,

tan sólidamente protegida contra las inseguridades. Honestos e idealistas, añadía luego; sordos a las tentaciones de la política y las intrigas; decididos a llevar la luz a las aldeas más remotas luchando contra la ignorancia y la injusticia. La primera generación libre en la historia de Rumanía por mucho que se burlasen de ellos o les pusiesen palos en las ruedas. Los hijos y hermanos menores de los que murieron en la Gran Guerra.

–Ha de explotar, ha de explotar sin falta –decía Cioran.

–¿El qué? –le preguntó una vez Mihail.

–Todo.

Hombre nuevo, cambio, destino, voluntad, redención, ascesis, nosotros, ellos. Palabras y más palabras. Borracheras de palabras con toda su simulación, toda su ingenuidad y toda su arrogancia. Palabras a borbotones, pronunciadas desde un cojín o apoyados en una viga con un tono de insolencia y órdago. Palabras centelleantes, desdeñosas, trémulas. Mihail las oía y se acordaba de su infancia en Brăila: de las repisas llenas de bibelots de su abuela, de la pequeña caja de plata que su madre escondía en el sinfonier de su dormitorio, de la quietud del cielo estrellado y el aroma de la dama de noche y los juegos con los otros niños en la calle, medio desnudos, en verano. Allí, con el golpeteo de las botas alemanas en los adoquines, había crecido y empezado a soñar con el futuro. Mientras, en la cajita de plata de su madre, que guardaba una almohadilla perfumada de lavanda, habitaban las tardes húmedas de noviembre, cuando las acacias se volvían tristes y la lumbre de la chimenea traía el consuelo de abrir la puerta y comprobar que todos estaban en casa.

Aquello le hacía pensar que por mucho que la crisis económica arreciara y los escándalos de corruptelas y represión policial tambaleasen el sistema parlamentario (como no se cansaba de denunciar el propio Mihail en sus artículos de prensa), él era un producto de la posguerra: de la naturalización impuesta por la Sociedad de Naciones a cambio de Transilvania, Bucovina y Besarabia; de la igualdad ante la ley; del sufragio universal; de la Constitución de 1923; de la reforma agraria, la instrucción pública y la libertad de expresión: de la

mejora ostensible, aunque a todas luces insuficiente, de las condiciones de vida para un grupo más amplio de personas. ¿No llamaban a Bucarest el París del Este? ¿No eran esos los cimientos en los que se basaba la Gran Rumanía? Mircea en cambio había crecido en la villa de la calle Melodiei, desde donde probablemente habría ido al Ateneo o al Círculo Militar de pequeño, en compañía de su padre, un capitán de Moldavia condecorado en la guerra del que casi nunca hablaba. Cada vez que hubiera paseado por sus bulevares, cualquier día de primavera con los albaricoqueros y castaños en flor, podría haber comprobado el desarrollo urbano: las avenidas anchas con edificios neoclásicos, las mansiones señoriales, los porches *art nouveau*, los pisos cada vez más altos, los tranvías nuevos que sustituían a los tirados por caballos, los parques en los que los verdores se superponían unos a otros, los cines, los teatros, los espectáculos de varietés, los primeros grandes almacenes, los restaurantes de camareros con frac, la iluminación eléctrica, la construcción de viviendas sociales, la universidad en la que habían empezado a entrar los hijos de los campesinos, la silueta moderna del Palacio de Comunicaciones. Sin embargo, las pocas veces que Eliade se refería a su adolescencia, era para mostrar su rechazo a los años de enseñanza en el liceo, a la obligatoriedad académica que cercenaba las aspiraciones que sólo alentaba su madre, y a la hipocresía burguesa de todo lo que representaba su padre, a quien Mircea parecía culpar de cuanto simbolizaba el Partido Liberal de la familia Brătianu y de quien, paradójicamente, había heredado la disciplina de trabajar en sí mismo. Pero no era un pedante circunspecto; a lo mucho, le faltaba sentido del humor; tenía conciencia de su liderazgo y su sagacidad gozaba de la simpatía de todos.

—Digáis lo que digáis —soltaba si la conversación se enrevesaba—, lo más importante es que el hombre sea feliz y que con su felicidad haga feliz a los otros.

Mihail, por su parte, asistía en silencio a las reuniones de amigos en las que Eliade oficiaba de *prima donna*, con una mueca de estupor que a menudo se convertía en una sonrisa

entre provocadora y cándida, sin sentirse preocupado, encogiéndose de hombros, como si siempre estuviera en otro sitio. Y en cierto modo así era. Se había fijado en una mujer de rasgos exangües y zapatitos planos que vivía en el último piso del inmueble donde *Cuvântul* tenía sus oficinas, en el pasaje Inmobiliaria. Al caer la noche, la veía regresar por la cristalera de la redacción en la que los teléfonos y las máquinas de escribir seguían sonando. A veces coincidían en el ascensor y ella siempre miraba al suelo o fijaba la vista en la placa que enumeraba las empresas foráneas, agencias de viajes y compañías de seguros que había en cada planta. Mientras, él la observaba e interpretaba sus gestos: una joven tozuda, que intentaba pasar desapercibida para que nadie la molestase, golpeada quizás por la vida, grácil si lograba interceptar su mirada por encima del abrigo pasado de moda que solía abrocharse hasta el cuello.

Una tarde se la encontró en el tranvía, se presentó deferentemente, y no paró de insistir hasta que ella aceptó una taza de chocolate en el bar al que los periodistas iban después del cierre. Mihail recuerda su jersey esmeralda ceñido por un cinturón, la boina que dejaba al descubierto tres cuartos de melena corta, el hielo de la timidez, su desconfianza. Mirándola desde el otro lado de la mesa, se dio cuenta de que no era guapa, sino que la embellecía una suerte de reprimido entusiasmo. Acostumbrado a las muchachas indolentes de Brăila o al jolgorio de las modistillas de su barrio, no conocía a nadie que escuchara con tanta atención, como si clavase las pupilas en cada palabra que oía, en cada detalle por mínimo que fuera. No fue hasta la tercera o cuarta cita cuando supo que era madre soltera de una niña de seis años, que sabía escribir a máquina, y que no encontraba nada que le proporcionara un ingreso extra para completar su sueldo de empleada en la Compañía de Teléfonos.

—¿Y qué hace por las noches?

—Leer —respondió Nina.

Entonces quedaron en que le entregaría algunos manuscritos y, un día, se atrevió a llevarla a la buhardilla de Mircea:

–Ésta es la señorita Mareş –dijo Mihail con su mezcla de pesar y retranca–. Y no sólo estaría dispuesta a mecanografiar vuestro rigor intelectual puro, sino también a haceros la crítica a la que nadie se ha atrevido.

Aunque todos sonrieron, Nina fue acogida con la indulgencia amable y reservada de quienes daban por hecho que, por muchas lecturas que emprendiese aquella mujer de mirada perspicaz, nunca sería uno de ellos. Eran los tiempos en los que iban los domingos a jugar al voleibol al jardín de la bailarina Floria Capsali. La época en la que pasaban juntos las vacaciones de verano en los Cárpatos. A veces se les añadían Vulcănescu, Max Blecher antes de que la enfermedad lo paralizase, Petru Comarnescu; Marietta Sadova con Haig Acterian; actrices como Lilly Popovici, Sorana Tzopa o Marietta Rareş. Haig tenía la tez de un moreno mate y el rostro, de una lánguida belleza oriental; mientras que el aspecto de Marietta Sadova era tan frágil y bondadoso que parecía la extensión de su carácter. Mihail se desplazaba a menudo con ellos desde Breaza a Sinaia, donde se unían a los otros. Trabajaban por las mañanas y después se bañaban en aguas heladas: oxígeno puro, paseos por el bosque, atardeceres dorados. Algún enclave remoto en el que reinaban las conversaciones que no excluían otras delicadezas. Por la noche se sentaban alrededor del fuego y discutían sobre asuntos que rápidamente trasladaban a lo íntimo. Ni se daban cuenta de lo que disfrutaban juntos. Y a Mihail esa permisividad le hacía revivir las vacaciones de su niñez. La misma eferescencia. La misma puerta abierta. Mircea se tomaba el amor como una debilidad que le vedaba sus «experiencias decisivas» o le interrumpía «el trance de la escritura», y cada vez que hablaba con Mihail del matrimonio, ambos lo dramatizaban. Sorana en cambio les recriminaba que se negaran a aceptar las cosas con naturalidad, adoptando clichés que secaban la savia de la vida.

–Todos vivís en las nubes –decía aquella joven tan alta que, siempre que pronunciaba la palabra «vida», parecía hacerlo

con mayúsculas—. No entendéis nada: yo amo el mundo entero, yo amo la Vida.

Mircea miró a Mihail con complicidad y replicó sonriendo:

—Entiendo una flor, entiendo el universo, entiendo a la mujer que quiero.

Una de esas noches Comarnescu propuso organizar en la Fundación Carol, a la vuelta del verano, un ciclo de conferencias y debates. Les pidió a cada uno mil lei para alquilar la sala, imprimir los programas y pegar los carteles. Las ideas brotaron de prisa. Y así nació Criterion.

Lo lejano se funde con lo reciente: imágenes, ecos, confesiones distorsionadas que se pierden en los espacios en blanco. El camarero le ha traído el café y un ejemplar de *România Liberă*. Y a Mihail le basta un vistazo a la portada del periódico para sentir la misma repulsa que le produjo la presencia en la redacción del emisario de Zhdánov y Vishinski. Pero ya está acostumbrado a que el ánimo se le transmute igual que cambia la luz conforme cae la tarde. El día que quedó para almorzar con Rossetti, Zilber y Vișoianu, hace sólo unos meses, tras la calma que le produjo la calidez del restaurante con su olor a comida y a madera barnizada, no hubo nada que no lo hiriese: el rostro tumefacto del cerillero que se les acercó a la mesa; la piel cetrina del *garçon* que les trajo los platos; la cara muy maquillada de una mujer que bebía sola, al acecho de una mirada furtiva. Las siluetas de sus amigos le habían parecido inverosímiles, en medio del juego de sombras que orquestaban las lámparas y los comensales en las paredes, al trasluz que lo había mostrado todo bello por un instante. Porque de repente, del mismo modo que un peatón que pasase por la calle y se detuviera a contemplarlos desde el otro lado de la ventana, los vio reír y pedir más vino disfrutando de una vida que ahora, sentado en la terraza del café, a Mihail vuelve a parecerle grotesca con todo su monótono ajeteo de comer y beber y despetar, de ir y venir o quedarse quieto.

Tuvo que ser a mediados de septiembre y, cuando Zilber y Rossetti se marcharon, aún llovía. El sonido del agua mientras

cerraban la puerta le hizo recordarse aupando a Nina con Mircea, cada uno de un brazo, para que no se mojara los zapatos, entre el pestañeo de los anuncios luminosos, la histeria de los taxis y el chaparrón bañando los tejados. Casi una década después, a la vuelta de la última cena que compartieron en la calle Călărași, Nina se acordó también ante la mirada desmañada de su hija Giza: «Venga, subidme. ¿Recordáis cómo se hacía?». Un intento forzado por revivir la emoción del tiempo en que, cuando estaban los tres solos, lo ordinario no contaba; las relaciones con el resto se desvanecían; todo pasaba sin adherirse, como una gota de mercurio por un cristal pulido, mientras el núcleo ardiente permanecía con ellos.

A la espera de que se enfríe la taza, que tiene más de achicoria que de café, Mihail está incurriendo en las mismas cavilaciones de siempre, las antiguas y las nuevas, listas para saltarle encima, todas juntas. Había oído las voces de Rossetti, Zilber y Vișoianu como si vinieran de muy lejos: la lluvia repiqueando en la cristalera; la mano que no acertaba a manejar el tenedor, que no atinaba a alcanzar la copa de vino, como si entre las cosas que veía y él se alzara una hoja de metal opaca, los objetos todos ahí y él aquí, mirándolos de uno en uno, de igual modo que la última noche que pasó rodeado de cajas en su apartamento de Calea Victoriei, asombrándose de su inhabilidad para establecer una relación con ellos.

Sin embargo, afuera el crepúsculo incrementaba la humedad que había dejado la lluvia limpiando el aire, que tenía una transparencia aguda que reverberaba en las cosas como en las aristas del cuarzo, después de aquel día templado que declinaba de manera irremediable. La luz naranja se deslizaba por las fachadas del bulevar Brătianu y había una perfección en las gotitas sobre los coches, en las farolas recién encendidas, en la calzada brillando de forma similar al lomo de una foca; la maravilla de lo concreto; una especie de liviandad tangible o de nacimiento dispuesto a borrar el olor a destrucción que aún revoloteaba en el ambiente y que se desmoronaba con cada palabra. Mihail recuerda que había sentido estupor al oír el sonido de su nombre. Cuánto tiempo hacía que no lo escuchaba en voz alta. Si nadie

te llama en público por tu nombre, poco a poco dejas de existir. Recluido en su silencio cobarde y huraño, había perdido la costumbre de aparentar, convertido su miedo en pereza.

Él mismo había dicho algo al salir a la calle, cogido del brazo de Vișoianu, y percibió las palabras que brotaron de la boca de su amigo como las de otro. Entonces, en la acera, tuvo una visión nítida: la imagen de Adán y Eva que había visto no recordaba dónde; una miniatura en la que Dios los señalaba, colgado del cielo, expulsándolos del paraíso mientras el dedo de Adán acusaba a Eva. El hombre y la mujer estaban sentados, flotando ingravidos, en una postura parecida a las de las figuras de Matisse; al fondo, unos árboles garabateados como culebras; y de nuevo Dios, que señalaba a Adán, y Adán que señalaba a Eva.

Dos mil años después de la invención bíblica de esa escena, pensó Mihail, de las alcantarillas salían bolcheviques que se habían dado la gran vida con los alemanes, tratando de sacudirse el hedor a cloaca, buscando contactos, reinventándose. El mismo coro, con distintas máscaras. Los que celebraban cada bando del Ejército Rojo como antes habían vitoreado los partes triunfales del mariscal Antonescu. Esos bandos estaban redefiniendo la libertad, dijo Vișoianu. Y Mihail, que había sobrevivido al derrumbamiento de la bestia, no necesitaba que nadie le explicara qué significaba ser libre; ese algo insondable, irse sin más planes que los propios; no una reivindicación o una idea, sino un deber estructural: la palabra «libertad» que suena tan grandilocuente cuando no se tiene o los envidiosos de las hormigas se revuelven contra ella.

Había cambiado la sustancia del miedo, se daba cuenta Mihail. Ahora temía no tener fuerza para empezar otra vez. Porque desde que se suponía que era libre sentía un dolor nuevo, puede que más vasto, semejante a una atrofia o un desvanecimiento, a un torpor que le impedía desempeñar ningún papel entre tanta incertidumbre. De ahí que se negara a aceptar lo que decía Vișoianu mientras caminaban bulevar abajo:

—Se trata de la misma tristeza de Varsovia al inicio de la ocupación. De Praga. Algo inasible en el clima humano. Un aura de infelicidad y parálisis interior. La calle es gris; la gente, taciturna.